

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El rey y el filósofo

Crónica de la amistad entre Federico II y Voltaire

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | memoria

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Xavier Roca-Ferrer

El rey y el filósofo

Crónica de la amistad
entre Federico II y Voltaire

el paseo, 2026



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

© Xavier Roca-Ferrer, 2026
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2026

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

1.ª edición: agosto de 2026

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N.: 978-84-19188-57-1
DEPÓSITO LEGAL: SE-2138-2026
CÓDIGO THEMA: DNB; NHT

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

INTRODUCCIÓN	15
PRIMERA PARTE. <i>Dramatis personae</i> : Federico y Voltaire	19
I. Federico el Grande y su época	21
Una familia disfuncional	28
Una educación infeliz	32
Trauma y crisis	38
Purgatorio y redención	42
<i>FEDERICUS REX</i>	51
Apéndice al capítulo I	55
II. Voltaire, el hombre	57
III. Los años de Rheinsberg	70
IV. Compás de espera	80
V. Otra vez de viaje y el <i>Antimachiavel</i>	91
VI. Primer encuentro	101
VII. Silesia, la manzana de la discordia	110
VIII. La primera guerra de Silesia	116
IX. Entreacto	123
X. La segunda guerra de Silesia	130
XI. Voltaire entre París y Luneville	138
XII. El final de una relación	146

SEGUNDA PARTE. La Prusia de Federico el Grande (con intervenciones de Voltaire)	151
I. El activo reposo del guerrero	153
II. La Prusia de Federico II (I)	160
III. La Prusia de Federico II (II)	166
IV. Federico y la cultura alemana de su tiempo	174
V. El filósofo de Sanssouci	189
TERCERA PARTE. Voltaire en Prusia, Ginebra, Ferney y París (con intervenciones de Federico el Grande)	201
I. Voltaire en Prusia	203
II. Rompimiento y cautiverio de Frankfurt	216
III. Próspero en su isla	227
IV. Paz, guerra, cartas y versos	240
V. Más paz, más guerra, más cartas y más versos	247
VI. Reconciliación	256
VII. Los últimos años	270
VIII. Hacia una apoteosis à deux en re menor	276
BIBLIOGRAFÍA	291
ÍNDICE ONOMÁSTICO (SELECCIÓN)	295

*Para Ari, compañera ideal
en Sanssouci.*

*Du bist wie eine Blume,
So hold und schön und rein;
Ich schau dich an, und Wehmut
Schleicht mir ins Herz hinein.*

*Mir ist, als ob ich die Hände
Aufs Haupt dir legen sollt,
Betend, daß Gott dich erhalte
So rein und schön und hold.*

H. HEINE

*Y también para Christiane Mervaud,
sin la cual este libro no existiría,
y el admirado Fernando Savater,
enésima reencarnación
del abbé de Ferney.*

Ulises a la asamblea de los griegos:
Take but degree away, untune that string,
And, hark, what discord follows!

W. SHAKESPEARE, *Troilo y Crésida*, I, 3.

*Je ferai le Bien : c'est encore la meilleure manière
d'être seul. Une victoire racontée en détail,
on ne sait plus ce qui la distingue d'une défaite.*

JEAN-PAUL SARTRE

*Esta república de las letras es un estado extremadamente libre.
Solo reconocemos el imperio de la verdad y de la razón y,
bajo su protección, libramos una guerra inocente contra cualquiera
que se desvíe. Todos deben estar en guardia, porque un amigo
o un hijo pueden replicar sus postulados. (...) Todos somos soberanos
y estamos bajo la jurisdicción de los demás.*

PIERRE BAYLE, *Diccionario Histórico y Crítico*, 1735.

*Imaginar que todos los hombres son demonios, encarnizarse en ellos
con crueldad, es la misión del misántropo feroz. Suponer que todos los
hombres son ángeles y soltarles la brida, es sueño de un hombre débil;
creer que no son ni todos buenos ni todos malos, recompensar
las buenas acciones más de lo que valen, castigar las malas menos
de lo que merecen. Tener indulgencia para con sus flaquezas
y humanidad para con todos, es la tarea del hombre razonable.*

FEDERICO II, EL GRANDE, *Antimaquiavelo*, hacia 1739.

La perfección de la física llevó la llama de la verdad a las tinieblas de la metafísica. (...) Los philosophes asestaron un golpe mortal a la religión. Los hombre empezaron a examinar lo que antes habían adorado estúpidamente; la razón destruyó la superstición o sintió asco ante las fábulas que había creído, y tuvo horror a las blasfemias a las que antes había rendido culto. El deísmo, este culto sencillo del Ser Supremo, ganó muchos seguidores. Con esta religión razonable vino a establecerse la tolerancia...

FEDERICO II EL GRANDE, *Memorias*, hacia el año 1740.

Tenéis mucha razón, sire: un príncipe valiente y sabio, con dinero, tropas y leyes puede gobernar muy bien a los hombres sin la ayuda de la religión, que solo ha sido hecha para engañarlos. Pero el pueblo necio siempre acabará por hacerse una, y mientras haya bribones e imbéciles, habrá religiones. La nôtre est sans contredit la plus ridicule, la plus absurde, et la plus sanguinaire qui ait jamais infecté le monde. Vuestra majestad hará a la raza humana un servicio eterno extirpando esta infame superstición, no digo de entre el populacho, que no merece ser iluminado y se adapta a cualquier yugo. Me refiero de entre la gente honesta, de entre los que piensan o desean pensar... Mi único pesar al morir es que no os puedo ayudar en esta noble empresa, la más hermosa y respetable a que la mente humana pueda apuntar.

Voltaire a Federico II, carta fechada en Ferney
el 5 de enero de 1767.

Ignoro si París puede compararse con Sodoma o Sodoma con París, pero doy por seguro que yo no quemaría ninguna de las dos ciudades y diría como el ángel Ithuriel: «Si no todo es bueno, todo es aceptable».¹

Carta de Federico II a d'Alembert del año 1774.

¹ El ángel Ithuriel es uno de los dos ángeles (el otro es Zephon) encargados por el arcángel Gabriel para ir en busca de Satanás, que anda suelto, en el *Paraíso Perdido* (1674) de John Milton.

Voltaire, gracias a su genio y al esplendor de su fama, había cruzado el inmenso intervalo que suponía el prejuicio de un simple particular y un monarca, pero el monarca también había atravesado el mismo intervalo, no menos grande, que separa la vulgar clase de los reyes y la de los hombres de genio.

CHARLES PALISSOT DE MONTENOY, *Le Génie de Voltaire*
apprécié dans tous ses ouvrages, 1806.

El maquiavélico no contempla la cualidad moral de sus medios. No los convierte en una cuestión de conciencia. No se pregunta para saber si este o aquel los emplearía, ni si él mismo no preferiría otros: si la empresa tiene éxito, son buenos, y no valen nada si fracasa. Ello no quiere decir que haya dos morales, sino que, para Maquiavelo en política, no existe moral, o que la política es una cosa y la moral otra. Quieres ir hasta allí y este es el camino más corto. ¿Sufrirá por ello tu alma? No es una cuestión que me concierna a mí, tu consejero, sino a tu confesor. Y si sabes qué es la política, si eres sabio, si eres fuerte, si eres el príncipe, llamarás primero a tu consejero y a tu confesor después. Aquí está la esencia de la doctrina maquiavélica, que, por usar una fórmula que se ha hecho banal, no es moral ni inmoral, sino amoral. La política es geometría. De ahí que Bismarck, como antes Federico, a la hora de construir Prusia, fueron grandes maquiavélicos. Vale la pena recordar la agudeza de Voltaire, cuando tras diecinueve años de reinado, Federico II había dado a conocer su forma de actuar: «Si Maquiavelo hubiese tenido un príncipe por discípulo, lo primero que le habría aconsejado sería haber escrito algo contra él».

CHARLES BENOIST, «Histoire d'un Livre»,
en *Le Machiavélisme*, 1907-1936.

Vivimos la escarmentada resaca de la quiebra de muchas certezas milenaristas o absolutas; tememos el resurgir de pasadas atrocidades hoy más sofisticadas, la asfixia de una intransigencia que no tolera ni el esbozo de una sonrisa ni el esbozo de un libre examen racional que le sea contrario. Sobre todo tememos que caigan en el olvido, por pereza o relativismo «multiculturalista», los valores esenciales y siempre civilizatoriamente prometedores de la modernidad cuya cancelación apresurada no abre paso al futuro sino a la barbarie. Y también tenemos el interés creciente por lo que a todos afecta, por los temas esenciales, por el debate de largo alcance sobre hoy frente al mañana. Nadie quiere aburrirse, muy bien; pero Voltaire enseña a divertir sin distraer de lo que más importa. Su pensamiento fue juntamente firme y pragmático, apasionado y racional. No aceptó ningún bloque de ideas en su conjunto, sino que las desgranó una a una, construyendo con difíciles compatibilidades un armazón en la que ninguna corriente quedaba excluida del todo ni era bendecida sin examen. (...) Este talante, esa vocación, ese carácter intelectual... ¡Sí, más que nunca, seguimos necesitando a Voltaire!

FERNANDO SAVATER, *Diccionario Filosófico: VOLTAIRE*, 1995.

El logro extraordinario de la República de las Letras y de los pensadores de la Ilustración fue que lograron convertir el desafío de la tradición censora en una nueva tradición abierta.

JOHAN NORBERG, *Abierto. La historia del progreso humano*, Barcelona, Ediciones Deusto, 2020.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Introducción

Parece obvio que Plutarco no hubiera podido escribir una *Vidas paralelas* a partir de rey Federico II el Grande de Prusia (1712-1786) y François-Marie Arouet, Voltaire (1694-1778). Sus nacimientos y las peripecias vitales que para uno y otro desencadenó el curso de la historia resultaron demasiado distintas para hablar de paralelismos. Político y rey absolutista el uno y pensador, poeta y dramaturgo el otro, influyeron de modo muy diferente en las sociedades que les rodearon. Con todo, si Voltaire no pudo «jugar» a ser rey, Federico se las dio de filósofo y entre sus *hobbies* tuvo muchas actividades que para el francés fueron profesión como la historiografía, la poesía didáctica y el teatro.

Hijos ambos del primer Iluminismo, coincidieron en numerosas ideas que dominaron el pensamiento de la época como la defensa de la tolerancia y la libertad de pensamiento y también en el gusto por una lengua fascinante: el francés, que en el siglo anterior, bajo la tutela del Rey Sol, había alcanzado un grado de refinamiento poco común todavía entre las lenguas europeas. El alemán no se consolidará hasta Thomas Mann, el italiano hasta Manzoni y el ruso hasta Pushkin. Quizás era la española la que más cerca estaba de la francesa en su conformación definitiva gracias a Miguel de Cervantes y su *Quijote* y a la fundación de la Real Academia de la Lengua en 1713.

Si no cabe hablar de paralelismos, una de las amistades más sorprendentes de la historia europea fue la que mantuvieron ambos personajes, una amistad que empezó con una carta dirigida al filósofo por el futuro rey, todavía príncipe heredero, y la respuesta de Voltaire, fechada en Cirey el 26 de agosto de 1736, donde vivía con su gran amor del momento, la tan sabia como adorable Mme. de Châtelet. La relación entre ambos personajes se prolongó hasta la muerte del autor del *Candide*. Se conocieron en el curso de un viaje de incógnito de Federico a Francia en el año 1740. Fue un breve encuentro ocurrido entre el 11 y el 12 de septiembre en el castillo de Moyland de Cleves, en parte frustrado porque el rey estaba siendo víctima en aquel momento de un violento ataque de fiebre. Desde su ascensión

al trono, Federico no dejó de insistir para que el francés fuera a instalarse en calidad de «filósofo doméstico» bajo el techo de alguno de sus múltiples palacios, solicitud que Voltaire rechazó educadamente mientras vivió Mme. de Châtelet. Hubo un par de encuentros más en noviembre de 1740 en Rheinsberg y en Aquisgrán y Berlín en otoño de 1743, en los cuales Voltaire, como mandatario oficioso del gobierno de su país, insinuó la conveniencia de una entente entre ambas potencias, pero ninguna de las visitas tuvo consecuencias efectivas. Peor todavía: el último encuentro deterioró un tanto las relaciones entre ambos amigos.

Tras la muerte de Mme. de Châtelet y sintiéndose mal visto y perseguido en Francia por sus ideas, Voltaire cede a la voluntad del rey y parte en junio de 1750 a la corte de Berlín, donde es magníficamente recibido y alojado en Potsdam, donde obtiene la dignidad bien pagada de chambelán y la codiciada Orden del Mérito. Fue allí donde concluyó su *Siglo de Luis XIV* y escribió su *Micromegas*. Sin embargo, el carácter despótico del rey y el talante independiente y quisquilloso del filósofo (por no hablar de un traspiés al que dio lugar su enfermiza afición al dinero que le acompañó a Berlín) ocasionaron desencuentros cada vez más frecuentes provocados en su mayoría por las imprudencias y la soberbia de Voltaire, que se creía intocable. El choque culminó cuando Voltaire atacó con un grosero libelo a Maupertuis, a la sazón presidente de la Academia de Ciencias de Prusia y protegido del rey. Decepcionado, tras dos años y medio de estancia el francés abandonó Prusia con el permiso de Federico.

Con todo, pasada una breve etapa de desconfianza mutua, resultado de un desgraciado incidente que vivieron Voltaire y sus acompañantes en Frankfurt a su partida de Prusia, del cual se hablará en su momento y que el filósofo no olvidó jamás, no tardaron en reemprender su amistad, que duró hasta el fallecimiento del genial polígrafo ocurrido en 1778 tras su regreso triunfal a París. Ocho años después le siguió el de Federico el Grande, cuya «grandeza»¹ no le eximió de verse arrastrado por *the way of all flesh*,

¹ Algunos autores han discutido si Federico II de Prusia merecía ser llamado «el Grande» o no, alegando que fue él quien se autoimpuso el apelativo y lo hizo difundir. El caso es que cuajó. La cosa no tiene mayor importancia, porque en primer lugar habría que discutir qué se entiende por «grandeza». Entre los famosos «grandes de España» los hay y los hubo de todos los colores. ¿Merecieron ser llamados «grandes» Alejandro Magno, cuya crueldad sin límites relata muy bien la especialista Mary Beard, o Pedro el Grande de Rusia, que hizo torturar hasta la muerte a su

pero aquella amistad singular quedó recogida para la historia en las casi ochocientas cartas que se escribieron a lo largo de sus vidas.

Y, sin embargo, la cosa no queda aquí. En las curiosas memorias que redactó Voltaire y tituló *Mémoires pour servir à la vie de M. de Voltaire*, que se refieren, al parecer, a lo ocurrido entre 1733 y noviembre de 1759 (el año del *Candide*) y principios de 1760, el memorialista, lejos de referirse a lo que él hizo o le ocurrió en este periodo de su vida, a lo que siempre alude como de pasada, procedió a un ajuste de cuentas con su regio amigo. El episodio de Frankfurt no había sido olvidado ni lo fue nunca. Aquellas memorias no iban dirigidas a informarnos sobre «la vida de Voltaire», sino sobre la del rey Federico II de Prusia y en ellas palpita aún el resquemor derivado de sus últimos desencuentros. Tanto es así que en 1784 fueron publicadas bajo el título *Vie privée du roi de Prusse*. En ellas la mezcla de resentimiento y admiración del filósofo hacia Federico resulta evidente. Un resentimiento que, como sostiene su biógrafo español Carlos Pujol, no convierte la visión de Voltaire en falsa ni injusta, sino en más lúcida si cabe. Sea como fuere, ni Voltaire ni Federico merecen ser calificados de «perfectos». ¿Pero quién lo merece?

La primera parte de estas memorias se refiere a la época que media entre 1733/1734 y la primavera de 1758. Los tres capítulos que constituyen la segunda parte, fechados entre 6 y 27 de noviembre de 1759 y 12 de febrero de 1760, nos cuentan hechos contemporáneos con alguna referencia retrospectiva hasta 1757. No publicadas en vida de su autor, a su muerte se habló de ellas como escritas *contra* el rey de Prusia y las autoridades prusianas las trataron como un libelo. El barón de Goltz, embajador de Prusia en París, intervino para detener la venta de ediciones piratas y el 14 de julio de 1784 la obra fue prohibida. Los editores de Kehl no pudieron imprimir el texto íntegro hasta después de la muerte de Federico II ocurrida en 1789, en el tomo 70 de las *Obras completas* de Voltaire.² Sea como fuere, ambos personajes sobrevivieron a lo contado en estas memorias y

hijo mayor? ¿O Catalina la Grande, que hizo matar a su marido y tuvo un centenar de amantes? ¿Fueron también tan grandes Alberto Magno o Gregorio Magno, papa? Al menos estos últimos fueron elevados al santoral, algo que para muchos ya es una garantía de grandeza. No entraremos, pues, en si Federico II de Prusia mereció ser llamado «grande» o no, porque es perder el tiempo. Se le llamó *der Grosse*, e basta!

² Utilizaremos la edición titulada *Voltaire/Mémoires pour servir à la vie de M. de Voltaire écrits par lui-même*, Bibliothèque Classique, Le Livre de Poche, 1998, magníficamente anotada por Jacqueline Hellengouarc'h.

restablecieron los lazos de amistad a cuya fractura se refieren. Basta leer la última carta de Voltaire al soberano con la que cerraremos esta crónica, escrita dos meses antes de la muerte del francés.

Se ha dicho que en cierto momento de su vida Voltaire quemó el manuscrito (seguramente después de alguna de sus tres «reconciliaciones») y que el texto conservado en la BNF parece obra de su secretario Wagnière. Es decir: es una copia. De todos modos, aunque no es autógrafo, las correcciones que hallamos en él lo autentifican. Como es natural, nos referiremos más de una vez a estas memorias y a lo que nos cuentan, puesto que nadie las ha tildado de embusteras. Sea como fuere, el gran tesoro literario que nos dejó esta curiosa relación fue el intercambio de cartas entre sus dos protagonistas. Se supone que fueron más de 800, de las cuales nos han llegado alrededor de 700.

La correspondencia se inicia en 1736 (de hecho la inicia Federico, todavía príncipe), pero no se interrumpe tras su acceso al trono en 1740. Solo en 1740 se cruzan 72 cartas. Hay algunos periodos de silencio, a veces debidos a piques entre los dos correspondientes, otras a las guerras en que se ve involucrado el rey, pero la última carta que Voltaire envía a Federico está fechada dos meses antes de su muerte en 1778. Seguramente, como dice Christiane Mervaud, la estudiosa que más tiempo y páginas ha dedicado a esta correspondencia, las cartas más bellas de ambos corresponden al periodo que sigue a 1760, cuando uno y otro están ya de vuelta de todo.

En dos palabras: las del rey de Prusia y el filósofo de Ferney fueron dos *vidas cruzadas*, que no paralelas, pero en el curso de las cuales lo que hacía y le ocurría a uno, no dejaba de tener una respuesta en la del otro, aunque solo fueran un par de cartas escritas *sur le motive*. Por ello, y como antecedente del relato de la relación fundamentalmente epistolar que mantuvieron, nos sentimos obligados a trazar con la mayor brevedad posible, un repaso a sus trayectorias vitales, sobre todo en lo referente a Federico II el Grande de Prusia, personaje del cual en España se sabe poco, porque no intervino en nuestra historia. Voltaire resulta un personaje mucho más conocido, aunque también conviene destacar algunos aspectos de su atrabiliaria personalidad. Muchos saben quién es, pero pocos qué hizo *exactamente* y *cómo pensaba*.